

CAPÍTULO 1 LA GRAN CENA.

Aquella lluviosa tarde gris corrí hacia el parque con la mochila sobre los hombros, nada parecía tener importancia, ese día sólo existíamos la lluvia, mi llanto y la banca en la que me senté para tratar de darme un poco de consuelo. Permanecí ahí sentada, con el cabello y la ropa empapadas, con la mirada triste, cabizbaja, sumida en una inmensa depresión que sabía no podría soportar más; tenía que solucionar las cosas de alguna manera, tenía que acabar con eso que me estaba matando día a día, poco a poco, minuto a minuto de mi pobre existencia en una cruel sesión de tortura. Traté de recordar cuando habían cambiado las cosas, cuando había sido aquel momento, aquel instante en que todo había dejado de ser como yo lo había planeado, aquel fugaz día en que me había dejado de querer... Mi cabeza daba vueltas sin cesar y no lograba comprender cual había sido la razón, donde estaba el error, donde se encontraba ese punto en el que había dejado de ver lo valiosa que era, ese punto donde lo más importante ya no era yo, donde los ojos se volvían ciegos, la mente muda y el corazón corría sin ninguna atadura. Donde la cordura no existía y la dignidad había dejado de tener un significado, porque yo ya no era valiosa para el mundo, pero sobre todo, porque ya ni siquiera tenía importancia para mí misma. Ese infernal día que yo misma me había robado la alegría y me había arrancado las sonrisas del rostro para dar lugar a su paso tan sólo a lágrimas y temor, porque ese día había cambiado mi vida, ese día... ese fugaz y remoto día... el día... en me dejé de querer.

Caminé de vuelta a casa meciendo la mochila de los tirantes a cada paso que daba, cuando llegué él no se encontraba en casa, por lo que decidí darme una ducha, me quité la ropa mojada y me metí a bañar con agua caliente, ver y sentir mi cuerpo me apenaba porque era muy delgado, parecía una pequeña lombriz escurrida como él decía, tal vez era por eso que él me había dejado de desear, tal vez no lo satisfacía, tal vez no lo hacía feliz; entonces él no tenía la culpa de estar enojado, tenía toda la razón de enfadarse y por lo tanto toda la razón de agredirme, de ser la causa de ese moretón en mi brazo Tal vez yo debía cambiar, ser mejor para él, servirle mejor, hacerlo feliz; a lo mejor todo era mi culpa, pues yo no era deseable, y él podía ser tan lindo, tan romántico y tierno en algunas ocasiones que yo debería de estar agradecida de tenerlo, debería dar las gracias por haberme encontrado un hombre como él, un hombre que siempre me enseña cosas nuevas, que siempre ve por mi bienestar, pues en casa siempre hay algo que comer y nunca falta el dinero; un hombre que corrige mis errores y aunque a veces es un poco duro conmigo, y otras tantas un poco agresivo, creo que tiene que hacerlo, pues yo sólo obtengo lo que merezco, no existe una mejor manera de educarme.

Tal vez debería apenarme por lo que había pensado en el parque, por haber tenido la idea de escapar, a veces pienso que estoy loca, tal vez necesite ir con un psiquiatra, pues mis cambios de humor son muy repentinos, a veces pienso que debo alejarme de él, pero después me doy cuenta de mi gran error y sé que no encontraré a alguien mejor, que si está conmigo es una bendición, pues quien querría amar a alguien como yo...